

En un lugar de la Mancha...

MARÍA ROSA MENOCA
Yale University

LA apertura obligatoria a este coloquio debía ser, por supuesto, "En un lugar de ..." Pero, en cierto pueblo, no de la Mancha, sino de Cataluña, en 1937, fue destruida una biblioteca. La destrucción de bibliotecas no es, por cierto, algo que aparece únicamente en escenas como la del capítulo seis del *Quijote*, ese texto-biblioteca que constituye la piedra angular de esta celebración nuestra. Se han venido destruyendo bibliotecas desde mucho antes de 1937 en España, y siguen siendo allanadas hasta hoy mismo en Europa, y cuando Cervantes nos divierte con la agri dulce relación del "donoso y grande escrutinio" de la biblioteca del hidalgo, nos está contando de una vez muchas historias pasadas y futuras. Como cualquier buen relato de Borges —o de Pierre Menard— se trata de una historia que tiene su pasado real, pero también, de manera más conmovedora, su futuro, tal vez muchos futuros. En 1937, en ese otro rincón de España, la mencionada historia de la destrucción de una biblioteca fue llevada a cabo por los curas y barberos de la falange, y la familia de Manolo Durán se quedó sin su magnífica biblioteca de alrededor de diez mil volúmenes.

La destrucción de esa biblioteca, que tengo que suponer debe haber sido amada y cultivada como si hubiese sido el primogénito de la madre bibliotecaria de Manolo, la habrá dejado a ella y al resto de la familia despojados; pero en su otro hijo —en Manolo— iba a resurgir el lado dulce de lo que de otra forma hubiesen sido historias de la más absoluta amargura. Se pueden quemar libros, y familias, pueblos enteros —la familia de Manolo, toda una generación de españoles nobles— pueden ser forzados a doloroso exilio, demasiadas veces permanente, de tierras queridas. Historias como estas, marcadas por la tragedia no pueden contarse sino con esa ironía cervantina que es a menudo nuestra única defensa contra el dolor intolerable. Pero los libros —y esto también nos lo recuerda Cervantes y su colaborador Borges—, los libros pueden únicamente quemarse, no describirse o desleerse. Y las gentes arrojadas al exilio, tal vez con un par de preciosos volúmenes cosidos en el forro del sobretodo, tal vez sin ninguno, salvo aquellos conservados en la memoria (los que no pueden ser quemados) bien

pueden acabar escribiendo triunfales historias caballerescas, y facilitando la más amplia diseminación de los dislates de la literatura. Nos encontramos reunidos hoy aquí, a pocas cuadras de una de las bibliotecas más extraordinarias del mundo, para celebrar, con Cervantes, y como lo hace Cervantes, los agridulces triunfos del exilio y de la andante caballería que es la enseñanza de la literatura, y las maneras en que una biblioteca quemada puede transformarse en una todavía más poderosa biblioteca fundada en otro lugar. La historia de Manuel Durán, la historia de cómo viene a caer en esta embarazosa riqueza de libros que son los de Yale, los suyos, los libros de tantos de sus alumnos y los de generaciones de alumnos que les seguirán, es una historia sacada de algún episodio del *Quijote*, o de uno de sus narradores. Esa historia empieza con la biblioteca destruida y continúa en capítulos cuyos títulos se inscriben de manera proléptica, y es, por lo tanto, circular: exilio, traducción, poesía, España medieval, sus tribus errantes e idiomas olvidados, el Nuevo Mundo, Cervantes.

Con el padre condenado a muerte por Franco y no sólo su casa y biblioteca allanadas, sino toda España en ruinas, el exilio de la familia de Manolo comienza con el cruce de montañas hacia el sur de Francia, reflejo especular de un éxodo anterior cuya refracción se veía en la vida y obra de Manolo, porque fue con la destrucción y quema de las casas y bibliotecas de la entonces congenial Provenza que muchas de las más heterodoxas almas buscaron y hallaron refugio en Cataluña, a donde llevaron sus bibliotecas y recuerdos. Y su progenie incluiría, de la manera más canónica, al padre fundador de las letras catalanas, Ramón Llull quien, al igual que Cervantes en su papel de narrador del *Quijote*, encontrará su texto de base en una traducción, traducción de un texto árabe en primera instancia, pero traducción además en su más cristalina manifestación como emigración y resurgimiento de todas las memorias del exilio, sus libros incinerados, y azarosos relatos de peligros.

A ese primer exilio en Francia sigue con giro novelístico, el viaje al Nuevo Mundo con escala en Casablanca. Tenemos aquí, por supuesto, no sólo el final de la historia de Ramón Llull, lapidado en un desierto de Africa del Norte no muy lejano de Casablanca, sino también la elaboración de varias grandes películas románticas; y es a México (y aquí puedo lamentar, puerilmente tal vez, que no haya sido a Cuba, o incluso hasta a la Argentina, desde luego, pero esas serían versiones o traducciones distintas de la historia) a donde va a recalar Manolo, y

donde concluye ese capítulo central de una educación que ya lo ha hecho un joven rico en los idiomas y tradiciones poéticas tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. El detalle encantador e increíblemente asombroso en este punto es que su padre quería que se hiciese abogado —pero ya había sido totalmente contaminado por los viejos *romances* y se propuso ser traductor, y más insensato aún, poeta. Esto lo llevó a más andanzas caballerescas —estudios en La Sorbonne, trabajo en las Naciones Unidas, y una peripatética existencia por Europa. Y entonces, menos ilógicamente de lo que pudiera parecer a primera vista, abandonó por segunda vez el Viejo Mundo, no para regresar a aquellos lugares del Nuevo habitados por quienes habían salido de España en 1492, no a México, Cuba o la Argentina, sino para dirigirse a Princeton, New Jersey.

No tiene Princeton la aureola romántica de Casablanca, por supuesto; pero había allí otro tesoro, otra biblioteca y otra memoria que atrajeron a Manolo en ese momento, la persona de Américo Castro, otro refugiado de los horrores de 1939. El propio exilio de Américo Castro lo había traído al Nuevo Mundo español, y a través de Cervantes y don Quijote había hallado su propia vocación caballeresca de redimir a los exilados, no los de su generación, sino de los de 1492. Don Américo, según parece gustaban llamarlo sus alumnos, como venerada alusión a sus quijotescas características, estaba obsesionado por la locura de que, no ya la historia del *Quijote*, sino toda la historia de la España medieval era la traducción de un texto arábigo, y que los héroes del siglo XVI y de todo el Siglo de Oro habían sido, en efecto, aquellos traductores, cristianos nuevos y moriscos, invitados a la casa de Cervantes para revelarles los extraordinarios relatos que apenas se habían salvado de las piras de curas y barberos. De manera que Princeton, en los primeros años de la década de los cincuenta fue, para Manolo, más que una prestigiosa e idílica universidad con robustos muros cubiertos de hiedra; fue, tal vez insospechadamente, el lugar donde el hispanismo norteamericano adquirió una de sus más influyentes facetas y donde se inició una de sus historias más características. En 1953 salió Manolo de esa experiencia, convertido en el flamante profesor Durán, doctor por la Universidad de Princeton, miembro esencial de esa notable fraternidad y familia, hermanos de armas, en las diferentes versiones de la historia de la batalla de América del Norte: las historias —aquí *translatio* en su sentido medieval de las muchas historias de España hasta nuestro presente actual.

Conocí a Manolo— durante una celebración en Princeton —el lugar más indicado en términos sentimentales— no muy distinta de esta. En el otoño de 1985 Princeton conmemoraba el que habría sido el centésimo cumpleaños de don Américo con una reunión de muchos de sus discípulos —y algunos de los discípulos de estos— y para la joven medievalista y ‘castrista’ que era yo en ese entonces fue una ocasión deslumbrante. Retrospectivamente —y las historias más interesantes, por supuesto, no revelan sus más significativas verdades sino hasta mucho después—, una de las cosas más conmovedoras de ese evento habría de ser que constituyó la no prevista despedida de dos de los fraternales caballeros andantes de Manolo, que harían allí sus últimas comparecencias públicas. El magnífico Steven Gilman murió de repente poco después, dejando inconcluso el libro sobre *Don Quijote*. El noble Joseph Silverman, que en la estela de esa tragedia había rescatado el manuscrito de Gilman de su estado inconcluso, de la misma manera que le había dedicado toda una vida, obedeciendo la exhortación de Don Américo, a rescatar el romancero sefardita español de las depredaciones del éxodo de 1492, también murió al poco tiempo. ¿Quién, si no Cervantes o Borges, se habría atrevido a inventar semejantes historias? Pero no es la claridad de la retrospectión lo que me lleva a aseverar que cuando el distinguido profesor de Yale se incorporó para hablar, lo que proyectó con gran luminosidad no fue el conmovedor rescate del pasado que Gilman, Silverman y los mejores medievalistas se habían esforzado por lograr, sino algo muy diferente y para mí inesperado: el presente vivido y el muy vital futuro.

Manolo logró dos cosas cruciales en aquella ocasión que me abrieron los ojos a toda una carrera literaria que yo nunca, como medievalista, había aprendido a ver como parte de la biblioteca de don Quijote y me enseñó diversas maneras de leerla y entenderla. La primera puede parecer insignificante, pero está muy lejos de serlo —no se puso de pie y, como todos los demás, no leyó de un texto preparado de antemano. Simplemente se irguió, y con esa elegancia que es tan suya, con una elocuencia natural y poética que yo jamás había experimentado en el ámbito académico, habló durante la media hora que se le había asignado. Aquí teníamos, evidentemente, a un hombre de conocimientos enciclopédicos que llevaba sus textos en el corazón, y que estaba, por lo tanto a salvo de curas y barberos, si estos se hubieran aparecido para quemarle el manojo de papeles que tenía en la mano, por razones puramente protocolares, cuando subió al podio. Y aquí

teníamos a un hombre que “hacia” literatura, no como un ejercicio impersonal y distanciado, como se me había enseñado a mí, sino como experiencia vivida de la literatura y la poesía. No sabía yo entonces –había muchísimas cosas que yo ignoraba todavía– que era, por cierto, un poeta distinguido. Pero lo que sí supe desde el momento en que empezó a hablar es que se trataba de un hombre proveniente de una tradición cultural en la que el dominio de la literatura del “pasado” no estaba divorciado de la poesía como amor sostenido y personal.

Más aún, y he aquí la otra revelación, la sustancia de aquel bello estilo; Manolo no habló sobre un texto medieval, ni siquiera, en la frontera más lejana de lo que se me había inculcado eran las barreras cronológicas, uno del Siglo de Oro, sino, escandalosamente, sobre la obra de un escritor vivo: Juan Goytisolo. Debía darme vergüenza confesar, pero lo haré de todos modos, que un profesor auxiliar de literatura medieval en esa época no tenía idea de quién era Juan Goytisolo. Mucho menos sabía que era componente crucial del legado del *pater familias* que fue Américo Castro, que un maestro tuviese conciencia de que Juan Goytisolo formaba parte también de esa biblioteca que era nuestro cometido siempre rescatar, defender y diseminar. Me refiero a un imperio literario –no una nación o período–, a un imperio sin fronteras de tiempo o espacio, ni tan siquiera de lengua. Se trata de un imperio poblado de *traductores* como Manolo, que parecen atesorar todos los textos en la memoria y en el corazón. En efecto, como supe una vez que vine a Yale, hacer que los medievalistas conocieran a Juan Goytisolo era sólo la cúspide visible del iceberg. Manolo se ha pasado la vida impartiendo catalán a hispanistas, la novela mexicana a peninsularistas, y desde luego, literatura del Siglo de Oro no solamente a aspirantes a cervantistas, sino a generaciones de estudiantes de Yale, de los cuales muchos se convertirían en bibliotecarios fundadores, en los grandes caballeros andantes de la literatura latinoamericana– textos pasados de un exilado a otro. Y entre ellos, ninguno ha sido más celestinesco que Roberto González Echevarría, y fue él, cuyo primer libro fue sobre Calderón, escrito conjuntamente con Manolo, quien tuvo la idea de esta celebración, y la puso en marcha. Ha sido particularmente apropiado que su secuaz en esta empresa –y resisto con todas mis fuerzas asociarla a Sancho Panza– fuese Georgina Dopico Black, que fue alumna de Manolo y de Roberto en Yale, profesora con igual devoción en nuestro Departamento de literatura medieval y del Siglo de Oro, y cuyo primer libro sobre el heterodoxo trío de Fran Luis, Cal-

derón y Sor Juana, pronto honrará nuestras bibliotecas. No es entonces únicamente, según parece, la híbrida prole de Celestina la que anda dispersa por ambas orillas del Mar de Sargaso, sino también la de Manolo.

Estoy aquí hoy ante ustedes para darles la bienvenida a su propia casa, y para agradecerles que hayan venido a una fiesta que es suya, sin ser yo, entre tantos graduados de Yale, graduada de Yale y, entre tantos distinguidos cervantistas, yo, como medievalista, sólo soy una lectora tardía suya, y entre tantos alumnos de Manolo, sólo quisiera haberlo sido. Hace casi exactamente once años, en Princeton, me quedé atónita tras la charla de aquel brillante profesor de Yale —el primer profesor de Yale que había visto jamás en persona, y mientras salíamos del salón de conferencias, pensé cómo podría presentarme a él y comunicarle lo estimulante que había sido para mí su intervención, y lo rara en el universo académico que yo habitaba. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando fue él mismo quien se me presentó— a mí, una pobre profesora auxiliar, que había pronunciado una pedestre conferencia, una Aldonza Lorenzo cualquiera— con una cortesía que me hizo sentirme en vez como una Dulcinea. Sospecho que no soy la única aquí hoy que, gracias a la generosidad de Manolo, hizo florecer una parte grande o pequeña de sí, y pienso que todos los trabajos que se escucharán aquí en el próximo día y medio, llevarán la marca visible de lo que puede hacer germinar esa generosidad, y de lo que puede resultar de la carrera de bibliotecario y del exilio de heterodoxos. No puedo dejar de apuntar, con un poco de chauvinismo, que Manolo es también un magnífico ejemplo del hecho de que los libros españoles preciosos— y lo que han significado desde la Edad Media— son especialmente difíciles de destruir y muy resistentes a las tiranías de curas y barberos por todas partes. No sé cuántos de Uds. lo saben, pero durante la destrucción hace unos años de la magnífica biblioteca de Sarajevo, parece que sólo se salvó un volumen importante, un manuscrito titulado "Sarajevo Haggada." *Haggada* es un libro de plegarias que, se dicen el día de Pascua, en vísperas del éxodo. Pero a pesar de su nombre, este bellísimo y minuciosamente iluminado manuscrito, considerado el mejor de su clase en el mundo, no es de Sarajevo sino español. Hecho en España a fines del siglo XIII, fue sacado de la Península por miembros de una comunidad sefardita exilada en 1492, y luego rescatado una vez más durante la Segunda Guerra Mundial. Por la época en que Manolo andaba buscando refugio por Casablanca, un curador musulmán,

tan apegado como todo musulmán a la memoria de España, rescató el *Haggada* de las manos de curas y barberos nazis. Otra historia que parece sacada del *Quijote*, y como la noble y elegante resistencia de Manolo a la destrucción de la biblioteca de su madre, digna de celebrarse con la ayuda de Cervantes.

Les doy a todos las gracias por unírseos hoy y, sin más demora, declaro inaugurada oficialmente esta fiesta.